



CAPÍTULO II.

AURORA DE LA ORDEN.

Rompe Francisco los últimos lazos. — Se consagra á servir á los leprosos. — La lepra en la Edad Media. — Francisco repara tres iglesias. — Desposorios con la pobreza, y nacimiento de la Orden franciscana.

.....
*Christo ti disse allora :
se vuoi po' me venire,
la croce alta decora
prendi con gran desire*

.....
(Jacopone de Todi.)

.....
Entonces te dijo Cristo : si quieres
seguirme, abraza con gran deseo
la cruz.

.....
(Jacopone de Todi.)

LEGARON hasta Pedro Bernardone ecos del vocerío y escándalo. Saliendo precipitadamente á la calle, cayó sobre Francisco, y abrumándole á golpes é injurias, á bofetones, empujones y puñadas lo fué llevando hasta su casa, donde le encerró en un chiribitil (1). Doblada era la ira del negociante, ya por ver que su primogénito renunciaba á su porvenir mundano, ya por la herida que abría en su vanidad de ciudadano influyente de Asís el espectáculo

del sucesor de su nombre escarnecido por loco en la plaza pública. De suerte que prodigaba ruegos y amenazas á Francisco en el encierro por lograr que tornase á la vida de sus primeros años. Francisco oraba en su tugurio, oponiendo á las embestidas del padre furioso el escudo de la paciencia. Pica se deshacía en lágrimas, viendo al hijo querido maltratado en su propio hogar. No bien hubo salido Pedro Bernardone á una de las acostumbradas excursiones comerciales, corrió Pica gozosa á la oscura covacha y dió libertad á Francisco, cubriéndole de llanto y besos. En el alma de la madre se refugiaron el amor, la compasión, la tolerancia, que faltaban al ignaro populacho y al carnal y codicioso padre (2), el cual, vuelto de su viaje, hizo nuevos extremos de furor hallando vacía la mazmorra de Francisco; y sabedor de que el hijo se acogiera á San Damián, fué á buscarle allí. Francisco no se ocultó ya: tranquilo y resuelto esta vez, hizo frente al airado Pedro, que acusándole de defraudador, le pidió el importe de los fardos vendidos en la feria de Foligno. Francisco señaló al poyo de la ventana, donde todavía se hallaba el caudal. Recogiólo Bernardone con avidéz; pero aun creía á su hijo dueño de mayores tesoros, y, ya por arrancárselos, ya solamente por perseguirle, citóle ante la justicia. Se negó Francisco á someter al juicio del siglo su conducta (3). Entonces Pedro elevó su demanda hasta Guido, obispo de Asís, á quien Francisco se presentó satisfecho, exclamando: — « Iré ante el Obispo; él es padre de las almas. » — Guido recibió con benignidad extremada al mozo penitente, y le exhortó á entregar á Pedro Bernardone cuantos dineros hubiese tomado de él, á fin de que cesase tan penoso litigio. — « Todo lo restituiré » — contestó Francisco: y sin dar tiempo á más, le entregó

las pocas monedas que aun le restaban, y con extraña alegría comenzó á desnudarse de su ropa, quedándose en carnes con sólo el paño femural y el interior cilicio; y volviéndose á su padre, pronunció con ímpetu de regocijo estas palabras memorables: — « Hasta hoy te llamé padre en la tierra; de hoy más podré decir seguramente: Padre nuestro, que estás en los cielos, en quien puse mi tesoro y mi esperanza toda » (4). Guido echó los brazos al cuello del mancebo y tendió sobre sus hombros su propio manto: dióle después el tabardo grosero de uno de sus criados; encima de esta prenda hizo Francisco la señal de la cruz al vestirla.

Divorciado ya para siempre del mundo, corrió Francisco, como ave que ve rotos los hierros de la jaula, á comunicar con las amadas soledades la libertad de su espíritu. Errante vagó por bosques y montañas, cantando en aquella lengua francesa, que era para él idioma de la poesía, los loores de su nuevo celeste Padre: y como entre las breñas lo detuviesen algunos salteadores, preguntándole su nombre, contestóles con convicción: — « Soy el heraldo de un gran Rey. » — « Quédate ahí, impostor y grosero heraldo », replicaron ellos con burla, desnudándole, apaleándole y arrojándole á un hoyo excavado en la nieve. Francisco siguió con sus cánticos y su caminar por las selvas. Llegó pidiendo limosna á las puertas de un monasterio. Diéronle de comer en pago de servicios humildes que prestaba en la cocina: mas como no hubiese podido lograr una túnica con que cubrir su cuerpo, partióse á Gubio, donde un antiguo amigo le hizo presente de una hopa grosera, de una correa y de un báculo (5); prendas que usó Francisco por espacio de dos años, hasta ponerse el sayal de su Orden.

Mas la plenitud de su alma pedía desahogo. No era la índole de Francisco estacionarse en la contemplación, sino derramar en actos, en efusiones comunicativas el celo de la casa de Dios que le devoraba. Deseoso de dar empleo á las energías latentes de su espíritu, miró á su alrededor. Y así como en las épocas en que le sonríe la hueca gloria mundana y los fantasmas del poder, su osada fantasía se remonta hasta los puéstos más insignes, hasta ver en sueños la púrpura que cubre el trono, el laurel que ciñe el coronado casco, ahora, al contrario, persiguiendo distintos ideales, descendió á los abismos de la mayor miseria y abyección que en lo humano cabe; fué á posar allí donde habitan el dolor y el desprecio; donde la sociedad se aparta horrorizada; donde sólo se halla abandono, espanto, hediondez y laceria. El aprendizaje de Francisco, su entrada en las nuevas vías, fué consagrarse al servicio de los leprosos.

Es hoy la lepra tan escasa en nuestras regiones occidentales, que pocos europeos tienen conocimiento de la forma en que se presenta semejante azote. Afección misteriosa, cuyo origen envuelve sagrado terror, que se remonta al comienzo de los días de la humanidad; que imprime su sello pavoroso en las páginas bíblicas, hasta el punto de que Moisés la llame con el nombre expresivo de *tsarath*, es decir, *mal terrible* (6); que á un signo de Dios bajaba, tremenda y muda, — ya á aquilatar la paciencia del justo tendido en el estercolero, ya á abatir la soberbia del impío encumbrado en el trono, — la lepra, antiquísima en Oriente, cayó sobre Europa en la Edad Media. Trajéronla influencias y circunstancias que no es fácil señalar con precisión, pues si bien se atribuyó á la comunicación que con el Oriente establecieron las Cruzadas, consta-

que ya en el siglo VII el rey Rotaris hubo de promulgar leyes draconianas para atajar en Lombardía los progresos de la lepra, y que en el VIII le imitó Carlo Magno en Francia, ordenando el aislamiento completo y riguroso. En presencia de la calamidad fué evocado el recuerdo de las severas y sabias disposiciones mosaicas, y la sociedad quiso cortarse el miembro gangrenado por salvar el resto del cuerpo. Pero, despierta la admirable actividad de aquellos siglos, asociada la idea religiosa á las medidas higiénicas para dulcificarlas, combatióse el mal que arreciaba, con la caridad que crecía. Formóse la Orden de san Lázaro, en que el gran maestre era siempre un leproso; y esta Orden, heroica en los campos de batalla, incansable en la fundación de asilos para el dolor, contaba á mediados del siglo XIII diez y nueve mil hospitales suyos esparcidos por toda la cristiandad (7).

Aparecíase la lepra á manera de horrendo enigma propuesto al hombre, que ignoraba sus causas (8) y los medios de combatirla. Semejante á árbol maldito que arroja innumerables renuevos tan emponzoñados como él, desarrollábase el contagio con gran lujo de horribles variedades. Ya era la lepra negra, que abigarraba el cutis salpicándolo de manchas y tubérculos leonados ó del matiz de las heces del vino; que hace manar del rostro un humor repugnantemente oleoso, que hincha y desfigura todas las facciones; que roe el cartilago de la nariz, el pabellón de los labios; que se lleva el cabello, la barba, las pestañas y las cejas; que deslíe los ojos en una masa purulenta, y vuelve quebradizas como cristal las uñas; que encoge los músculos y va desprendiendo una á una las falanges de los dedos, hasta que por último llega á desligar las articulaciones que sostienen manos y pies. Ya la lepra blanca,

que destruyendo el pigmento, tiende un sudario de nevada podredumbre sobre los muertos tejidos. Ya la lepra ulcerosa, que va cebándose en la epidermis, en la carne, llegando con su caries hasta la médula de los huesos, haciendo del cuerpo vivo conjunto de viscosa fetidez, despojo informe, roído por todas partes, como están los cadáveres en el osario, animado sólo de un espíritu para sufrir. Ya la elefantiasis de los árabes, que muda la forma de hombre en monstruosa caricatura de paquidermo; que da al cutis apariencia de cuero tosco y rugoso, ó le cubre de leves escamas de pez, ó bien de gruesas costras amarillas; que entumece y anestesia los miembros hasta el extremo de que el paciente no los tenga por parte de su cuerpo, sino por carga horrible que arrastra pegada á sí. Y bajo cualquier aspecto que se presentase la lepra, rebelde entonces como hoy á los esfuerzos de la medicina, contagiosa quizá (9), repulsiva á los sentidos, era más temible y cruel mil veces que la peste, porque el infeliz leproso se veía á sí propio corromperse, deshacerse y fenecer, no con rápido aniquilamiento, sino con sepulcral lentitud, como difunto abandonado ya á la lobreguez, á las sabandijas y al hedor de la fosa.

Compréndese bien la impresión producida en los ánimos de la gente, en la Edad Media, por la lepra, terrible testimonio de que la vida y salud del hombre brotan y pasan cual la flor de los campos (10); de que son viento y humo no más; de que la podredumbre es nuestra madre y los gusanillos nuestros hermanos (11). Hay quien acusa hoy á los siglos medios de haber postergado el cuerpo, menospreciado y anatematizado la carne; mas ¿cómo pudieran dejar de ser profundamente espiritualistas edades que veían la gentil hermosura vuelta cieno, la lozana robustez aniquilada

por misteriosa epidemia, la gallarda forma mudada en deformidad y horror, el organismo admirable del Rey de la creación hecho blanco de todas las miserias, sirviéndole tan sólo la superioridad para acrecentar la tortura? Insensato fuera en verdad el culto de la belleza física cuando al contacto del dedo de fuego del mal se consumía como arista deleznable; loca la apotheosis del cuerpo, cuando éste, declarando su origen de barro y lodo, volvía á la inercia de la materia, perdida la delicada estructura de sus más íntimos tejidos, la sensibilidad de sus fibras, el ejercicio de sus más nobles órganos, el tuétano mismo de sus huesos (12). ¿Qué valía el verdor de mocedad, qué el brillo de la tez, qué el fulgor de la mirada, qué el garbo del talle, si de la noche á la mañana, en un instante, era la más linda dama hediondo esqueleto, y el galán más apuesto objeto que ponía espanto? Pero bajo la cárcel de arcilla del cuerpo leproso, la sociedad de los siglos medios adivinaba una sustancia inmortal, una partícula luminosa, un alma. Aislábase al leproso prohibiéndole con severidad la asistencia á sitios públicos, ferias, mercados, tabernas, molinos, iglesias, monasterios; el tocar á cosa alguna que de su propiedad no fuese, el atravesar por calles ó senderos estrechos, el acercarse á mujer alguna excepto la suya, el sacar agua de los pozos, el salir sin las insignias de gafo. En un lugar apartado y desierto alzábase pobre choza, asilo del desventurado por todo el resto de su miserable vida. Allí encontraba el grosero traje especial, distintivo de su gafedad; allí el barril, el embudo, la tosca vajilla con que había de guarnecer su mesa perpetuamente solitaria. Estábale vedado dirigir la palabra á nadie: su modo de llamar por los demás hombres era el redoble de una carraca; su compañía, el silencio;

sus labios debían apartarse de las ondas frescas de fuentes y ríos; su aliento emponzoñaba el aire; sus manos se guardaban de posarse en la cabeza de los niños. — Tal era la condición del leproso. — Pero la gran moderadora y educadora de los siglos de hierro, la Iglesia, no olvidó á las ovejas enfermas y roñosas, antes con especial ternura las estrechó en sus brazos. Á la antipatía que el pueblo, sensualista por naturaleza, mostraba á los repugnantes gafos, opuso el Cristianismo simpatía y respeto, enseñando que Cristo había sido por los profetas anunciado al mundo como leproso (13); que había amado á los leprosos singularmente; que éstos eran en la tierra imagen del Salvador mismo (14); que sus plegarias, purificadas por el dolor y la tribulación, llegaban más presto á los pies del que llamó á sí á los afligidos; que aquella muerte lenta del cuerpo era renacimiento y luz para el espíritu; que si á veces podía la capa de lepra ser castigo de ocultas iniquidades, otras era visita del Señor á sus predilectos, como lo fueron los males horribles de Job el justo. Los Concilios reclamaron para el leproso la comunión de los fieles, la entrada en el templo, la Eucaristía, la indisolubilidad del lazo conyugal, que aseguraba al desdichado el santo consuelo del amor legítimo; y en fin, la tierra sagrada para dormir el sueño eterno (15). Los Papas encomendaban á los Obispos gran celo y afecto en el cuidado de los leprosos, y los Obispos los visitaban y asistían. En el concilio de Letrán, declaróse la Iglesia madre de todos los cristianos, protestando contra la dura existencia impuesta á los míseros á quienes en su solicitud prodigaba dulces nombres, llamándoles *pobrecillos del Dios bueno, amados de Jesucristo*. Penetradas de afectuoso y consolador espíritu se hallan las ceremonias

con que la Iglesia solemnizaba el acto de segregar al leproso del cuerpo social. Celebrada la misa por los enfermos, revestido el sacerdote con estola y alba, derramaba agua bendita sobre la cabeza del leproso; en seguida le hablaba del reino del Paraíso, donde no existe adversidad ni mal, donde los bienaventurados resplandecen como el sol sin mancha alguna, y del lazo nunca roto que une á la Iglesia con todos sus hijos (16). Bendecía después los mezquinos enseres, el pobre ajuar; esparcía tierra del cementerio sobre la frente del futuro solitario, pronunciando la solemne frase: *Sis mortuus mundo, vivens iterum Deo*. El pueblo entre tanto entonaba graves cánticos. Sobre la misma puerta de la cabaña del leproso colocaba el sacerdote la cruz, signo santificador de la mísera morada; al pie, un cepillo recogía la limosna de los transeuntes; y dejando ya al triste en la silenciosa mansión, el clérigo y la multitud se volvían juntos al templo, á impetrar del cielo paciencia para el vivo enterrado. En Pascua de Resurrección, cuando la primavera viste de gala campos y bosques; cuando despierta el mundo del hibernal sopor, estremeciéndose de júbilo, la Iglesia recordaba que un paria gemía abandonado, mezclando sus ayes de amargura al concierto inefable de la naturaleza; y entonces decía al leproso: — « En memoria de este tiempo santo en » que Cristo alzó la losa de su sepultura, rompe tú esa » cárcel y sal á gozar del perfume de las flores, y á » ver el azul del cielo. » — Y era lícito al leproso en Pascua respirar el aire libre.

¿Qué fuera de los leprosos á faltarles el natural amparo de la Iglesia, en épocas en que la muchedumbre, ignorante y vehemente, hecha á presenciar bravezas, inhumanidades y escenas de exterminio, era

tan fácil en verter sangre, á pocas persuasiones de la credulidad ó del odio? Si el baluarte moral de la protección eclesiástica no defendiese á los infortunados leprosos, no hay duda en que el populacho concluyera con ellos, sin piedad, allí donde los encontrase. Á despecho de la influencia eficaz del Cristianismo, todavía es tal la fuerza de las impresiones sensibles que mueven á repugnar lo feo y lo infecto, á asociar la deformidad moral y la física, que aun hoy, el nombre vulgar que recibían los leprosos (*ladres, madres* en Francia, *gafos* en Castilla) es un epíteto insultante; que en Guiena se les creyó causa de la peste y envenenadores de las aguas; que en España se les acusó de haberse confabulado con los moros granadinos y con los hebreos para tramar la pérdida de los cristianos; que, en suma, á cada momento se hallaban en peligro de ser víctimas del furor de las turbas, y degollados en masa, si religión y caridad no protegiesen su existencia (17). Y la Iglesia, al proponerse escuchar á los proscritos, no echó mano de medios fuertes y violentos: empleó el más suave y seguro: el amor. Amó mucho á los leprosos, y su cariño se comunicó al mundo entero. En los modernos tiempos, desde que el Estado, eje de la máquina social, monopoliza la beneficencia, la miseria, que en cierto modo pudiera llamarse lepra de nuestros siglos, es encubierta, emparejada, escondida, porque no asome á la superficie de nuestra soberbia civilización: arrincónase al mendigo, acallándole con un mendrugo, si es posible: mas ¿quién le ama, quién le acaricia, quién le corteja, como eran en la Edad Media cortejados los leprosos? Filántropos hay que con sincera abnegación se consagran al socorro de sus semejantes; no faltan medios materiales; la bolsa del rico se abre, no sé si de com-

pasiva ó de medrosa; pero ¿en dónde está el amor, que todo lo endulza, calienta y vivifica? ¿En dónde están reyes como san Luis, que al separarse del hediondo leproso del lazareto de Loyaumont, sentía el mismo pesar que si se apartase de un pedazo de su alma? ¿En dónde Isabel de Hungría, que deponiendo la triple diadema de poder, juventud y hermosura, curaba diligente y festiva las inmundas llagas del elefanciaco? ¿En dónde la condesa Sibila de Flandes, dedicada en lo mejor de su vida al cuidado de la lepra? (18) Porque importa notar que la Iglesia, al infundir piedad de los desventurados, no se dirigió primero á las clases populares: el ejemplo, la lección sublime, de alto habían de descender: y así como el que murió en la cruz era un Dios, los que le imitasen debían ser lo más encumbrado de la terrenal grandeza. Convenía que los pies del leproso fuesen lavados por blanquísimas y bellas manos reales; que orgullo, sangre y beldad se postrasen ante la vileza, miseria y horror, para alzarse después ceñidas de divina aureola. Así la primera transfiguración del galán mancebo de Asís se verificó el día en que halló en el valle de Espoleto un hombre acostado al borde del camino, que levantando la frente y mostrando mejillas, narices y labios devorados por la lepra, quería besar los pies de Francisco. El primer movimiento de éste, dictado por la naturaleza, fué desviarse con horror; el segundo, llegarse al gafo y juntar la boca con la suya en tierno ósculo de paz: al consumarse este acto de abnegación, se halló el leproso repentina y completamente sano, por virtud de la caridad, que purifica cuanto toca.

Las dos veces que se refiere de Francisco esta caricia heroica otorgada al sufrimiento, consigna la his-

toria la batalla que en su alma sostuvo : porque Francisco, jurado enemigo de los sentidos, los tenía muy despiertos, delicados y vibrantes, prontos á recibir con vehemencia la excitación del placer y la percepción de cuanto halaga y deleita. Desde la niñez le infundía espanto la vista y olor de la lepra; y en la ascensión gradual de su espíritu, fué á buscar con libre albedrío aquello mismo que rechazaba ciegamente la carne. Así lo declara en su testamento. — « Y como yo estuviese entonces, dice refiriéndose á sus mocedades, envuelto en pecados, me era muy amargo ver los leprosos; pero el Señor me trajo entre ellos, y usé de misericordia con ellos. Y apartándome de ellos, aquello que antes me parecía amargo, me fué convertido en dulzura del alma y del cuerpo, y de allí á poco salí del siglo. » — Francisco transmitió á sus discípulos la propia caridad que le abrasaba : de él aprendieron santa Isabel y san Luis paciencia y serenidad para sufrir la vista de úlceras y miembros que se desprenden, y vivir escuchando, como Dante en el ingreso del infierno :

.....
sospiri, pianti ed alti guai,

diverse lingue, orribili favelle,
parole di dolore, accenti d'ira,
voci alte e fioche (19)

Si bien suelen los leprosos padecer más abatimiento y enervación que furia, todavía algunos presentan fenómenos de hiperestesia que manifiestan en actos violentos y rabiosa cólera. En las *Floreциllas* se halla el relato de cómo Francisco con dulzura y mansedumbre sanó de alma y cuerpo á uno de estos fre-

néticos. Agitábase decompasadamente en su lecho, profiriendo blasfemias y maldiciones; y los frailes le cobraron temor, creyéndole poseído del demonio. Por esto y por no escuchar sus escandalosas palabras se resolvieron á abandonarle: sabedor de lo cual, corrió Francisco á su lado : — « Dios te dé paz, hermano mío queridísimo », dijo saludándole; y el leproso respondió : — « ¿Qué paz ha de darme Dios á mí, si me ha quitado toda paz y todo bien, y me ha vuelto podrido y hediondo? » — Y como Francisco esforzase su elocuencia en consolar tan amarga y sombría desesperación, el leproso se quejó de los frailes y de su asistencia. — « Hijo, pronunció Francisco, yo te serviré, una vez que los demás no te satisfacen. » — « Que me place, dijo el enfermo; pero ¿qué harás tú más que los otros? » — « Haré lo que quieras. » — « Pues bien; lávame enteramente, porque es tal mi hedor, que á mí propio no puedo sufrirme. » — Entonces Francisco mandó á toda prisa cocer agua con olorosas hierbas: desnudó al enfermo y comenzó á lavarle con sus manos mientras que otro fraile daba el agua; y donde Francisco tocaba con sus santas manos, desaparecía la lepra y quedaba sana la carne. — « Entonces, prosigue el anónimo poeta de las *Floreциllas*, el alma se limpió también del pecado, y aquel hombre se deshizo en llanto : quince días practicó penitencia, y al cabo de ellos expiró. Estaba Francisco en oración en una selva, cuando el expirito redimido se llegó á él. — « ¿Quién eres? » interrogó Francisco. — « Soy el leproso á quien Cristo bendito sanó por tus méritos, y voy á la vida eterna » (20).

Llegaron á ser para Francisco objeto de tal predilección los leprosos, que sólo puede compararse su